

Condiciones

(Jn 6, 24-35)

No basta con saber de Dios, hay que vivir en Dios. No basta con ir a misa, hay que celebrar la muerte y resurrección de Cristo en ella. No basta con escuchar el evangelio, hay que darle espacio y tiempo para que se haga uno con nuestra forma de pensar y sentir. No basta con recibir la comunión, hay que entrar en comunión con el Señor. No basta con recitar oraciones, hay que ponerse en presencia de Dios y adorarle como tal. No basta con presentarse a pedir algún favor a Dios, hay que decir amén a su voluntad. No basta con decir que Dios es una mano poderosa, hay que llegar a poder decirle con el corazón abierto a la fe Padre nuestro. No basta con hacer alguna buena acción, hemos de convertirnos en un cuerpo de bondad para quien se cruza en nuestro camino y para aquellos con los que debemos cruzarnos aunque no estén a tiro de piedra. No basta con ser muy espirituales, es necesario ser evangélicos. No basta con vivir los mandamientos, hay que dar el salto a las bienaventuranzas. No basta con saber el catecismo, es urgente conocer y sentir con la mente y el corazón de Dios.

¿Por qué todos estos “no basta”? Hoy el Señor se retira del lado de los hombres y los que quieren encontrarse con él deben pasar a la otra orilla, también los discípulos. Quien se quede donde ya está o con lo que ya ha recibido o con lo que ya ha hecho es probable que lo pierda. La mesa donde Jesús nos alimenta es itinerante y requiere que le busquemos de continuo para que él alimente nuestra vida con aquel pan que es Dios mismo.

Cuando en nuestra sociedad Cristo parece haberse ido a otro sitio. Cuando, como dice el evangelio, “la gente vio que Jesús no estaba allí”, hemos de reconocer que también nosotros sus discípulos empezamos a tener dificultades para percibirle cercano. Muchas veces la oración nos aburre y la tenemos medio abandonada, los ritos (salvo tal vez los folclórico-afectivos) donde el Señor nos sale al encuentro no nos dicen mucho hasta conformarnos con ser medio-practicantes, los trabajos que nos pide el Señor nos hacen sentirnos esclavos en una sociedad que no pone barreras a una libertad definida desde el bienestar personal...

Ya no hay término medio. O cruzamos a la orilla de Jesús buscándole con tiempo, confianza y esfuerzo o nos quedamos sin el alimento de vida, consuelo y fortaleza que él nos puede dar. Dios se da del todo al que lo busca, pero si alguien cree que Dios crece como los champiñones sin que pongamos nada de nuestra parte debería despertarse del sueño, porque el aceite de su lámpara ya se está empezando a gastar.